

TOPO

FEBRERO 2012 NÚM. 289 84 PÁGS. 6 EUROS

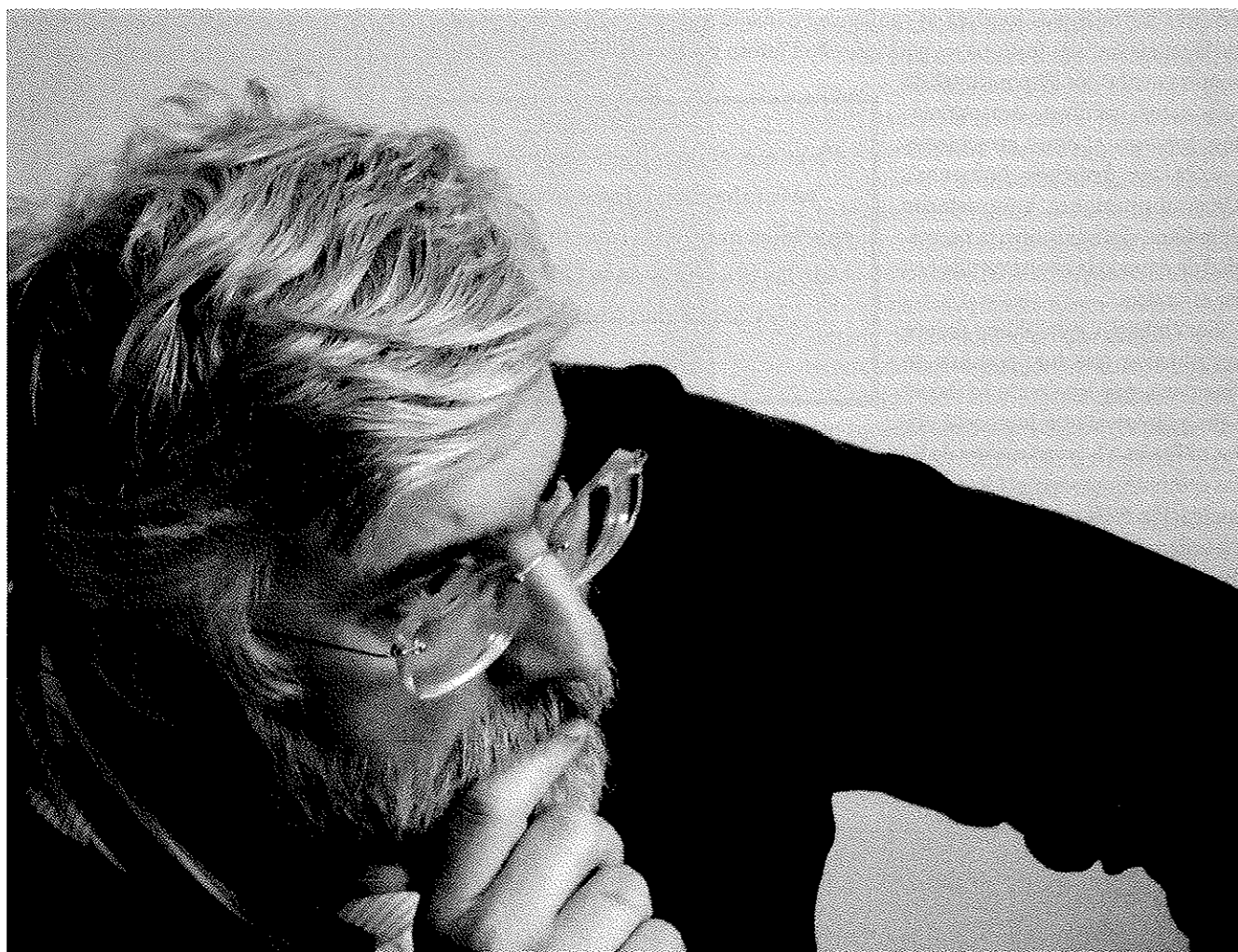
EL VIEJO

RE
SIS
TI
RIE



00289

8 461315 211413



Por una regeneración de la Arquitectura

Entrevista a Xosé Santiago Allegue Fernández

por Salvador López Arnal

Xosé Allegue ha desarrollado una parte sustantiva de su ejercicio profesional en la Administración en Santiago de Compostela (en el ámbito de la Regeneración Urbana del Centro Histórico y en la rehabilitación de la arquitectura popular). En ambas facetas su trabajo ha recibido numerosos premios. Colabora con diversos colectivos sociales y ecologistas y ha participado en el movimiento 15 M, en debates relacionados con la regeneración urbana, la defensa del territorio y contra la especulación y la corrupción urbanísticas.

—¿Qué es la arquitectura? ¿Una ciencia, una técnica, una habilidad artística?

—Hoy habría que definirla como el resultado del trabajo disciplinar de los arquitectos, en la búsqueda del adecuado equilibrio entre la acción constructiva del hombre y el medio. Es decir, entre "natura" como soporte inalterado, y "cultura" como su modificación en la dirección de construir un "humanum" habitable.

En ese sentido sería deseable que este trabajo fuera consecuencia de un proceso lo más próximo posible al rigor del método científico, ya que en mi opinión, su primera función es la utilitaria, la de resolver problemas. Las habilidades artísticas necesarias para producir buena arquitectura están para mí en un segundo plano. El ideal de belleza en Arquitectura ha cambiado a lo largo del siglo XX incorporando, entre otros conceptos, el de paradigma funcional. Un edificio puede ser muy bonito y poseer gran interés artístico y no resolver muchos de los problemas básicos que se supone debe resolver, desde la

integración en el lugar, el confort térmico y acústico, la estanqueidad, la correcta iluminación y soleamiento, la eficiencia energética, etc... Por tanto, actualmente, un edificio es bello si funciona, si se integra, si no contamina, si es energéticamente eficiente, si no genera desventajas o disfunciones en su entorno inmediato. En definitiva, creo que el principal reto de la Arquitectura siempre ha sido el de saber responder a las necesidades de su tiempo.

—¿Y cómo puede cumplir esta función?

—Para ello el arquitecto ha de estar permanentemente conectado de modo crítico con su realidad, y desarrollar mecanismos de posicionamiento ideológico que han de ser previos al primero de sus dibujos. Es decir: el arquitecto ha de poseer ideología, o lo que es lo mismo: un sistema ordenado de ideas que constituyan una línea de pensamiento y que le permitan decidir de modo crítico las intenciones arquitectónicas que respondan y den solución a las necesidades del problema proyectado.

tual que en cada momento se le plantee. Con esto quiero reivindicar lo que hoy no ocurre: la condición intelectual y política del arquitecto como hombre de su tiempo en búsqueda de la objetividad, frente a su condición de creador neutral entregado a la subjetividad de sus concepciones artísticas.

—¿Se puede enseñar a otro a ser un arquitecto creativo?

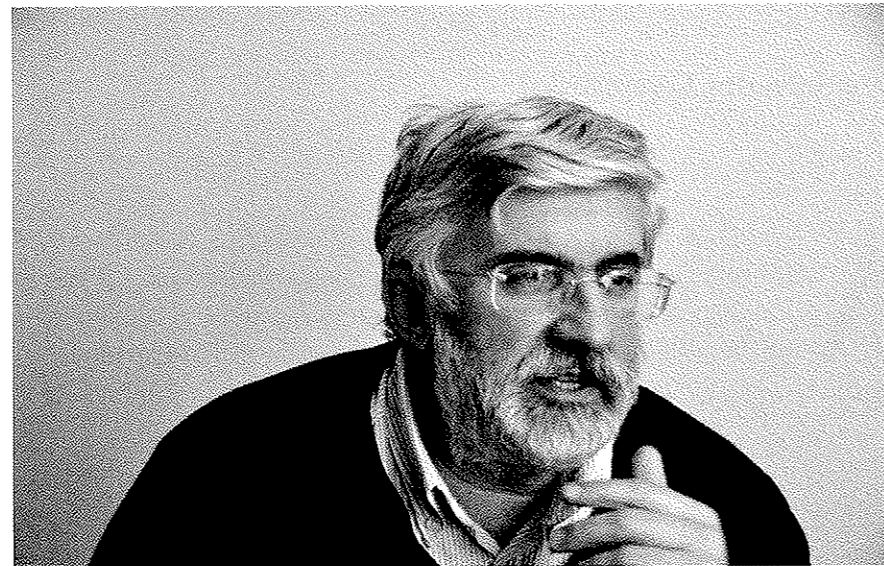
—La base de la labor de un buen docente ha de ser la de “enseñar a aprender”. Esto conlleva que el docente ha de ser autoconsciente de sus procesos creativos, y además ha de saber cómo se aprende, para poder posteriormente enseñarlo, lo que no es nada sencillo. Quizás por eso hay tan pocos buenos profesores.

En todo caso el problema de la creatividad artística, que tuvo su importancia desde las primeras escuelas de Arquitectura a finales del XIX, hoy ha de ser sustituido por la creatividad en la búsqueda de soluciones a los problemas que aquejan el territorio y las ciudades. Por eso creo que más importante que enseñar a ser un arquitecto creativo en sentido artístico, debemos enseñar a los jóvenes estudiantes a ser arquitectos primero analíticos, más tarde conscientes y por último comprometidos con los problemas de las sociedades y territorios en los que desenvuelvan su actividad profesional, es decir, la actividad que “profesan”. El ejercicio de la Arquitectura y la vida del arquitecto, han de estar, hoy más que nunca, íntimamente relacionados. Un buen profesor ha de enseñar a sus alumnos a construir su propia biografía.

—¿Qué papel ha jugado la arquitectura en los años recientes en nuestro país? No parece exagerado afirmar que algunos arquitectos han tenido un papel muy destacado en los medios, casi como si se tratase de estrellas del deporte o del cine.

—En el contexto de la “ilusión del crecimiento indefinido” en la que hemos vivido los últimos 25 años, la mayor parte de los arquitectos han estado al servicio de la destrucción del territorio, la especulación inmobiliaria y la construcción de grandes megaproyectos. Algunos han tratado de mantener su dignidad profesional a salvo proyectando y construyendo “buena arquitectura”. Pero esa buena arquitectura casi nunca ha escapado a

las contradicciones del sistema. Ha estado en definitiva al servicio de intereses espúreos y, por tanto, no ha conseguido “salvarse”. Los ejemplos de arquitectura o urbanismo social han escaseado. Los arquitectos han limitado el discurso a su obra. Pocos han hablado de rehabilitación urbana y territorial o paisajística, de huella ecológica, de vivienda social, de trabajo sobre la ciudad consolidada como oposición al paradigma del urbanismo expansivo sobre la base del antiguo modelo de explotación irracional del suelo y, en definitiva, de rehabilitación de la vida comunitaria. Los pocos arquitectos que mantuvieron posturas críticas, fueron condenados al ostracismo y sobrevivieron con dificultad.



Por el contrario, las grandes figuras han sido cómplices de las veleidades del poder ayudando a construir sus símbolos casi siempre con dinero público. En una revisión del despotismo ilustrado, el valor del símbolo arquitectónico ha adquirido nuevas cotas, y los medios de comunicación, como siempre ha ocurrido, han sido amplificadores de estas conductas a mi entender anti-éticas. El problema es que para los estudiantes, la existencia de estos profesionales del “Star system” se ha convertido en modelo y esto ha hecho mucho daño.

—Insistiendo en este asunto. ¿Por qué las grandes ciudades españolas han buscado edificios de referencia con arquitectos de “nombre y prestigio internacionales”? ¿Para darse a conocer al mundo? ¿Para atraer turismo?

—La construcción de estos grandes edificios casi nunca ha res-

pondido a una necesidad real ni a un concepto riguroso del gasto público. No han sido construidos con una idea de rentabilidad social sino con la perspectiva de su rentabilidad política y económica. La argumentación del valor de proyección internacional, o la atracción de turismo, han sido coartadas del poder político para intentar justificar operaciones que, como ha diseccionado magistralmente José Manuel Naredo, facilitaban sobre todo el negocio de la contratación pública al servicio de la financiación de los partidos, de los propios políticos y de las entidades financieras con las que partidos y administraciones mantienen deudas millonarias, dando lugar a la corrupción de los diversos estamentos de la administración y permitiendo la depredación de “lo público” por parte del interés privado. Todo ello con la complicidad de los medios de comunicación, cuya íntima conexión con los grupos de poder económico y financiero que se beneficiaban de la construcción de estos megaproyectos es hoy una contundente evidencia. Los arquitectos, a título individual y como colectivo, hemos sido cómplices de esta tremenda destrucción.

Con esto quiero reivindicar lo que hoy no ocurre: la condición intelectual y política del arquitecto como hombre de su tiempo.

—¿Crees entonces que nos hemos comportado como se comportan los nuevos ricos?

—El problema de las administraciones, como ya sabemos, no es sólo que se hayan endeudado por encima de sus posibilidades y que hayan gastado el dinero público en grandes infraestructuras y edificios no prioritarios desde el punto de vista social. El problema es que lo han hecho con plena conciencia de la ausencia de esta prioridad social del gasto y guiadas por intereses espúreos. Por tanto, no hay ingenuidad ni inocencia sino desfachatez y culpabilidad plena de la situación a la que nos han llevado.

Hoy, los mismos que llevan lustros gastando lo que no tienen en lo que no deben, y restringiendo el gasto social, hablan de limitar el gasto público desde la propia Constitución. Si tuvieran vergüenza, se les debería caer la cara y, desde luego, los mecanismos de la propia administración deberían exigirles

responsabilidades por su conducta impropia y que inhabilita para el ejercicio de un cargo público.

—Ya has hablado de ello pero déjame insistir. ¿La arquitectura tiene también el color del dinero? ¿Podría no tenerlo?

—Por lo comentado hasta ahora, es obvio que sí. Pero, sin embargo, también existen ejemplos de jóvenes arquitectos que trabajan la escala doméstica, la arquitectura social y comprometida, que se convierten en activistas. Por hablar de un ejemplo próximo a mí, en el entorno de la escuela de Arquitectura de A Coruña, la única pública en Galicia, existen muchos de ellos trabajando en el movimiento social y de barrio, en colectivos como “Rede de dereitos sociais”, “Ergosfera”, en el propio 15M, en “Galiza non se vende”, estudios como “describir” o “MMASA”... que han generado experiencias como “a cidade dos barrios” y otras muchas siguiendo el ejemplo del sevillano Santiago Cirugeda y su estudio “recetas Urbanas”.

El problema, es que para que la arquitectura deje de tener el color del dinero hace falta que la iniciativa privada, y sobre todo la administración pública, asuman como propios estos conceptos e iniciativas de gran valor, pero que se convierten en excepción y, por tanto, operan de modo marginal y poco significativo en las dinámicas urbanas y territoriales. Y esto no ocurre porque en la mayoría de los casos, las administraciones y sus políticas públicas están “capturadas” por las entidades financieras y por las corporaciones y empresas que colaboran en su financiación, y a las que deben dinero y favores, que tienen que pagar a través del uso obsceno de la administración.

—¿Tiene sentido hablar de arquitectura de izquierdas? Si lo tuviera, ¿qué significa para ti?

—Hoy ser de izquierda significa para mí ser antiprogresista, es decir, cambiar la idea de progreso tradicional para hacerlo compatible con el desarrollo social y humano. Significa también ser conservador de todo lo que el progreso, a toda costa, se ha empeñado en destruir: la convivencia y el espacio social y urbano, el medio natural, el estado social... Por último también decrecentista porque el crecimiento indefinido nos ha llevado al consumismo, a la deshumanización y a la corrupción. Del mismo modo, la arquitectura y el urbanismo han de reivindicar, desde la austeridad, el servicio social, la regeneración urbana, el derecho a la ciudad y al territorio, la rehabilitación territorial, la democracia espacial, la creación de espacios para la convivencia y la socialización...

Este es para mí el papel de la Arquitectura de izquierda, que yo, por lo demás, no calificaría y que, por otra parte, ha de ser el papel futuro de la Arquitectura. Porque será así... o no será.

—¿Por qué se habla ahora, en general, mucho menos en los ambientes de izquierda de temas de arquitectura que en los años finales del franquismo y de la transición?

—Pueden existir varias razones. En primer lugar, porque el propio entorno profesional de la Arquitectura, y los mismos arquitectos, se han ido separando de los presupuestos de la izquierda para aproximarse al mundo del poder económico y político. Como consecuencia de esto, y en segundo lugar, la propia izquierda se apartó de un colectivo, y de una disciplina que como ya decía fue tajantemente “capturada” por las oligarquías locales y que supuso que, además de lo que ocurría en otros campos de la vida pública, en el urbanismo, no se produjese la transición hacia una concepción democrática y participativa de la gestión urbana y territorial, abandonando progresivamente el esfuerzo por el control del mercado del suelo, las políticas de vivienda pública, la rehabilitación anti-especulativa, la regeneración de la ciudad obsolescente, la recuperación de los espacios naturales, la movilidad sostenible y permitiendo el abandono del territorio rural y el crecimiento especulativo de las ciudades.

En Galicia, recuerdo el ejemplo de la ciudad de A Coruña pre-vazquista, cuando Rafa Báñez accedió a ser el primer concejal de urbanismo comunista de la ciudad e impulsó en 1980 la redacción del primer plan General. Lo que ocurrió en la ciudad en aquel momento puede calificarse como auténtico “golpe de estado” de los promotores locales, cuyo apoyo supo capitalizar el candidato socialista Francisco Vázquez para ganar con mayoría absoluta las siguientes cinco elecciones y desarrollar un urbanismo a la carta al servicio de los intereses inmobiliarios que siempre le apoyaron, lo que propició la destrucción de la ciudad, el enriquecimiento de unos pocos y el empobrecimiento de los demás. Y esto ocurrió bajo el gobierno de quienes sin pudor alguno se hacían llamar “socialistas”. Ejemplos como éste han ocurrido y ocurren a lo largo de todo el estado.

—¿Cómo ha repercutido la especulación urbanística en el ámbito de la arquitectura?

—Desde 2004 a 2009 una comisión europea, presidida por la diputada verde danesa Margrete Auken visitó anualmente España, para, en colaboración con diversas plataformas y colectivos ciudadanos, redactar en 2009 el conocido como Informe Auken. Este informe fue aprobado en el parlamento europeo sólo con los votos en contra del PSOE y el PP españoles (votaron a favor los grupos popular y socialista europeos). En él se hace un diagnóstico demoledor de la situación del urbanismo especulativo en España, instando a las comunidades autónomas a que declaren una moratoria de todos los pla-

nes urbanísticos que no respeten los criterios rigurosos de sostenibilidad medioambiental y responsabilidad social.

Recordaba la comisión su facultad para interrumpir la provisión de fondos estructurales y de cohesión criticando el exceso de poder que se había dado a técnicos, urbanistas y promotores por parte de determinadas autoridades locales.

—Pero el informe no es vinculante.

—Exacto, el informe no es vinculante, por lo que ahí seguimos. Aunque este informe advertía sobre todo del grado de deterioro de la costa mediterránea, en el frente atlántico podemos igualmente presumir de numerosos ejemplos. Entre ellos, los más recientes, los casos de Fisterra o el de Barreiros en la costa norte de Lugo, donde con sentencias firmes anulando licencias concedidas, la Administración autonómica pretende aportar 14 millones de euros (regalárselos en definitiva a los promotores, en estos tiempos de escasez de recursos públicos) para urbanizar y regularizar situaciones de frontal atentado al medio natural, que no responden a interés social alguno y que tienen una única finalidad: la especulativa.

Las grandes figuras han sido cómplices de las veleidades del poder ayudando a construir sus símbolos casi siempre con dinero público.

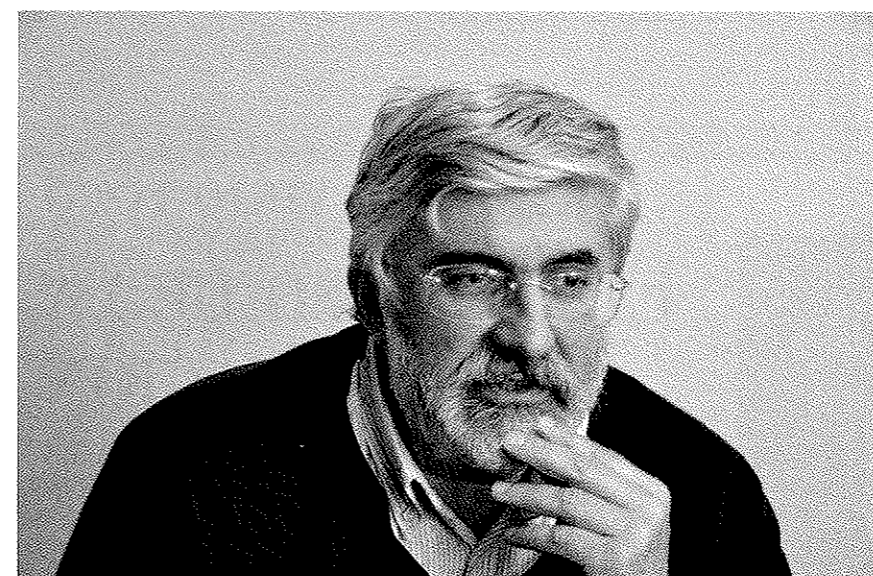
—¿Hemos avanzado o hemos retrocedido en el ámbito de la arquitectura en nuestro país en los últimos años? ¿Está la arquitectura más al servicio del Capital que en otros momentos?

—Desde un punto de vista estrictamente disciplinar, la calidad de la arquitectura en el territorio español siempre ha sido muy reconocida en Europa. Hay magníficos arquitectos, que han construido obras de gran calidad arquitectónica, bien integradas en el lugar aunque no siempre funcionalmente ejemplares y desde luego siempre al servicio del sistema. También se ha avanzado bastante en el campo de la intervención regeneradora de la ciudad existente y particularmente de los centros históricos, donde se ha inyectado mucho dinero público. Ello a pesar de que los procesos rehabilitadores han renunciado casi siempre a objetivos de regeneración social y económica, evitando políticas de vivienda social, y descontrolando las plusvalías ofrecidas a particulares por la subvención pública a la reha-

bilitación. Esta ausencia de compromiso social ha acabado generando sustitución de la población, sesgando la composición sociológica de los barrios, y destruyendo la diversidad social y económica y los espacios de convivencia. En definitiva, salvo ejemplos marginales, la arquitectura y, sobre todo el urbanismo, como instrumentos de control de un bien escaso como es el suelo, están más que nunca al servicio del capital.

—¿Qué papel juega y qué papel debería jugar la rehabilitación en nuestras ciudades?

—La rehabilitación pública o subvencionada ha jugado su papel en los barrios históricos con los errores que ya he comentado.



Hoy, habría que hablar de regeneración urbana, con una visión más global, que implicara la recuperación social, económica, cultural y espacial de la ciudad central consolidada, en el contexto global de la ciudad, su periferia y su territorio circundante.

En un momento de crisis demográfica, de escasez de suelo y con casi 4 millones de primeras viviendas vacías en los centros urbanos, en el ámbito estatal (distingámoslas de las no vendidas de reciente construcción en las periferias urbanas), el trabajo de arquitectos y administraciones debería consistir en poner en circulación todo ese inmenso parque inmobiliario que, gestionado adecuadamente con los pequeños propietarios, podría subsanar el déficit de vivienda social existente en el estado además de constituir la base de una nueva economía

apoyada en su rehabilitación y en la mejora de su eficiencia energética.

Por el contrario, los gobiernos se empeñan en tratar de ayudar a promotores y entidades financieras a colocar las viviendas de su “stock” a las que llaman “no vendidas”, favoreciendo que se habiten zonas periféricas que generan graves problemas de acceso a los equipamientos sociales, escolares, comerciales, etc. que producen problemas graves de movilidad y de mantenimiento de las redes públicas que contribuyen a la ciudad dispersa, difusa y fragmentaria.

Lo que hemos de hacer hoy es decrecer, o mejor, crecer hacia adentro, ocupándonos de lo que tenemos y olvidándonos del crecimiento periférico para centrar nuestros esfuerzos en mejorar la convivencia en la ciudad consolidada disminuyendo una huella ecológica que ya ha alcanzado hace tiempo límites inadmisibles.

—Has hablado ya algo de ello pero el tema es importante. ¿Qué opinión te merece la política de vivienda que se ha seguido en España en los años recientes?

—Independientemente de que gran parte de las competencias en este ámbito han sido transferidas a los gobiernos autonómicos, la creación del Ministerio de vivienda ha intentado con escaso éxito y en muchas ocasiones demostrando un alto grado de incompetencia, hacer alguna aportación. En los últimos años se han aprobado leyes autonómicas de

muy diverso calado, que van desde la valenciana que consagra un urbanismo a la carta que favorece las operaciones especulativas, hasta una ley vasca negociada largamente con los movimientos sociales y que recoge entre otras brillantes iniciativas la posibilidad de reclamación judicial por parte de los ciudadanos del incumplimiento del mandato constitucional.

La clave está, en mi opinión, en que no se pueden alcanzar objetivos sin una política pública de patrimonialización de suelo y viviendas por parte de los ayuntamientos y comunidades autónomas, sostenida a lo largo de tres o cuatro legislaturas, única manera de iniciar la adquisición de una cierta capacidad de moderación del mercado del suelo y de la vivienda. Contra lo que sostiene la inmovilista y recalcitrante derecha española, a quién todo lo que no sea liberalizar y privatizar le

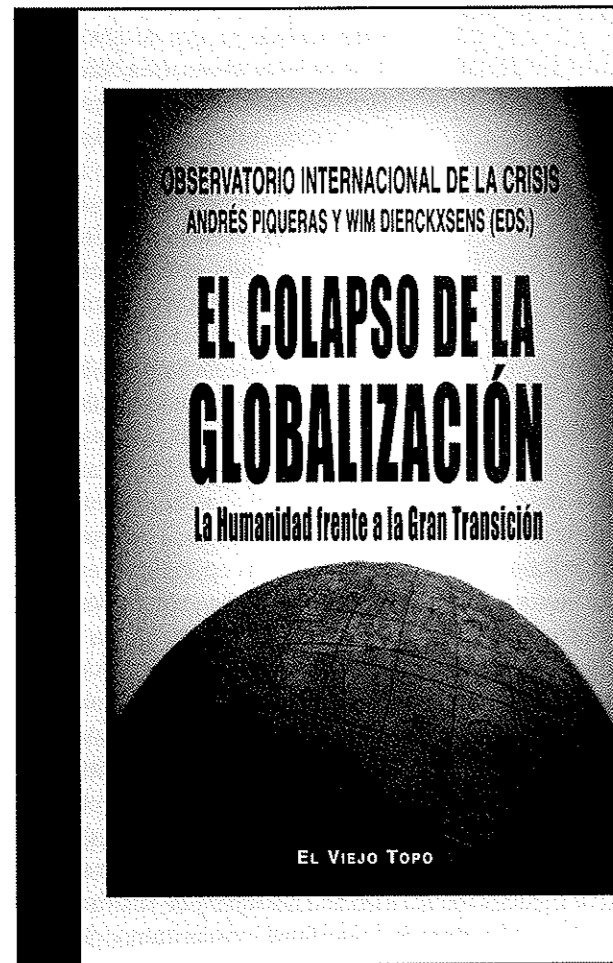
parece de infernal procedencia estalinista, un Ayuntamiento como el de Viena, gobernado largamente por partidos conservadores, posee ni más ni menos que unas 250.000 viviendas públicas en alquiler, y una sociedad pública que controla

**La realidad es más bien la contraria:
el precio de la vivienda determina
el precio del suelo.**

prácticamente el mercado urbano de suelo. Lo que, entre otros lustrosos ejemplos europeos, puede demostrar que las instituciones, precisamente por ser públicas, deben de defender el interés general, independientemente de por quién sean gobernadas.

–Desde el punto de vista de un arquitecto y profesor como tú, ¿cómo se explica la irrupción y caída de la burbuja inmobiliaria?

–Sobre esta cuestión es difícil para mí aportar algo que no haya sido dicho. Pero en todo caso sí me interesa resaltar de los numerosos factores que inciden en la cuestión, el hecho de que en el estado español, desde la primera ley del suelo de 1956 pasando por la liberalizadora del gobierno Aznar de 1996, la legislación del suelo apostó siempre por un modelo que, desde el inicio, se puso decididamente al servicio del lucro de la propiedad del suelo, reconociéndole un valor no por lo que es sino por lo que puede llegar a ser (asumiendo, en definitiva las expectativas de carácter especulativo del suelo y realizando una capitalización casi exclusivamente privada de los efectos del planeamiento urbanístico público), dañando con ello el derecho de la ciudadanía a acceder a una vivienda digna a un precio razonable.



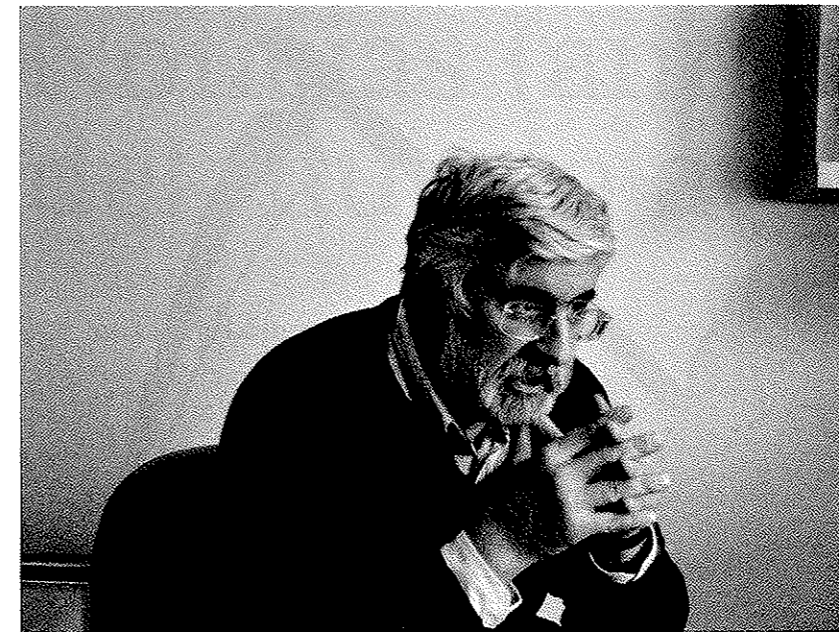
EL VIEJO TOPO

**EL COLAPSO DE LA
GLOBALIZACIÓN**

**LA HUMANIDAD FRENTE A LA
GRAN TRANSFORMACIÓN**

**Andrés Piqueras
Wim Dierckxsens (eds.)**

Lo que estamos viviendo desde la crisis financiera de 2007 no es simplemente una depresión o una recesión. Lo que estamos presenciando bien podría ser el comienzo del fin de la civilización occidental como hasta ahora la hemos conocido. La era neoliberal es una respuesta a esa crisis, pero que no logró solucionarla. Al agotarse hoy en día la capacidad de acumulación de capital ficticio, se perfila una nueva Gran Depresión que amenaza al mundo entero, empezando por los propios países centrales.



to sin control del suelo urbanizado ha supuesto una degradación de nuestro medio ambiente a un ritmo insostenible.

Hoy sabemos que con la intervención pública puede llegar a moderarse el precio de la Vivienda Libre y, desde luego, ofrecerse mucha más Vivienda Protegida. Lo que hace evidente que ha faltado regularización pública y ha sobrado libertad de acción para los actores privados de los procesos de producción de suelo y vivienda.

Todo esto no sería posible sin la redacción por parte de los ayuntamientos de Planes generales a la medida de los financiadores de partidos y administraciones y de una gestión como ya he dicho "capturada".

–¿Cómo puede un arquitecto, en la España y en la Galicia actuales, contribuir a

que nuestras ciudades y pueblos sean más humanos, más centrados en el bienestar de sus habitantes?

–Hoy día los arquitectos han de ser mas conscientes que nunca de la obligación ética de su profesión. Esto implica poner por delante este compromiso colectivo frente al afán de trascendencia de la obra individual. La cercanía a los movimientos sociales parece hoy ineludible, con el esfuerzo pedagógico que conlleva tratar de convertir, por ejemplo la caja negra del Urbanismo en un caja de cristal, ayudando a ejercer sobre la administración la labor de fiscalización ciudadana consustancial a una verdadera democracia. Y también es necesario el papel de generador de opinión crítica cualificada, porque no es sencillo para un no iniciado distinguir la buena de la mala arquitectura.

Creo que debemos reivindicar para el colectivo la necesidad de acción política, sin la cual la aportación profesional sería inviable. Es inevitable también un grado de activismo y sería deseable un cierto afán de ejemplaridad en nuestras actuaciones.

La conciencia ecológica está cada vez más arraigada, igual que la visión de que no debemos construir más, sino mejorar lo que ya tenemos con rigor y austeridad.

Pero esto ha de pasar porque desde las escuelas de Arquitectura se forme a los futuros Arquitectos en estos principios, porque estamos ante una profesión, que lamentablemente, y al igual que nuestra democracia, necesita ser profundamente regenerada ■

Se creó así un estado de opinión general que impulsaba a los operadores pero sobre todo a la ciudadanía a creer que el precio del suelo determina el precio de la vivienda.

–¿Y no es así?

–La realidad es más bien la contraria: el precio de la vivienda determina el precio del suelo. Es decir, las Viviendas Libres van a venderse al precio máximo que esté dispuesto a pagar el consumidor y el sistema hipotecario dispuesto a financiar. Es radicalmente falso identificar mayor oferta de suelo con Vivienda

**Hoy ser de izquierda significa para mí
ser antiprogresista, es decir, cambiar la
idea de progreso tradicional
para hacerlo compatible
con el desarrollo social y humano.**

Libre a precios más bajos, como lo demuestra la última década, pródiga en urbanización, edificación y Vivienda Libre a precios muy altos. Con los procesos de liberalización los precios de la vivienda son fijados, sin freno, por los oligopolistas de este mercado (sector inmobiliario y financiero) y el crecien-